

I

Como todo el mundo sabe, la gran ciudad universitaria de Christminster está situada en el límite del condado de Wessex. Sus luces, vistas a lo lejos, eran como un faro para aquel ambicioso joven de Wessex, Jude Fawley. No hay necesidad de añadir nada más sobre su topografía, ni sobre cómo se conecta con el río o con el sistema ferroviario del país. Cuando los protagonistas de esta historia navegan «por el río», no importa si se trata del Cam o del Cherwell. Cuando van a Londres, no hace falta que los sigamos para ver si pasan por Reading o por Bishop's Stortford, o si llegan a la estación de Liverpool Street o a la de Paddington.

Dos carreteras principales salen desde Christminster en dirección norte, hacia Woodbury o Banstock, y, es de suponer, hasta East Anglia o las Midlands: no nos importa hacia dónde se dirijan a partir de allí. Pero en esas carreteras, justo en su confluencia, en el triángulo que forman, se ha desarrollado un próspero barrio. Uno de nuestros poetas ha bautizado a la antigua y venerable ciudad como «una falda de basamento y ladrillo». Fue una observación precipitada. Aquí, a cada lado de las avenidas sembradas de castaños, se aprecian algunas de las muestras más notables de la arquitectura europea. Unas imponentes moles de ladrillo amarillo, adornadas con fustes de cerámica y albardilla, albergan la facultad de teología de los «sacerdotes modernos». Con solo pasear un cuarto de hora, el estudiante puede observar ejemplos de casi todas las clases de ventanas góticas: angevinas, venecianas, españolas y muchas otras. Abundan las torres cuadradas con sillería. Más arriba encontramos mansiones de ladrillo rojo, algunas de las cuales se jactan de haber tenido a Ruskin como arquitecto y tienen varias características notables, como el frontón tallado de un porche o una profusa muestra de adornos florales en forma de dientes de perro. Si avanzamos más en dirección norte hallamos casas más pequeñas, aunque siguen siendo grandes para los usos actuales; se construyeron cuando hubo pasado el apogeo de la recuperación del gótico y muestran solo cierto respeto por ese estilo.

Por todas partes florecen esos maravillosos árboles que solemos relacionar con los barrios residenciales: el castaño, la lila, el cerezo, el codeso, la oxiacanta y el haya roja. Me gustaría adjudicar a esta parte de la ciudad las palabras de otro de nuestros poetas, quien dijo de Christminster que era un lugar «cuyos jardines se extienden hacia la luz de la luna y cuyas torres susurran los últimos hechizos de la Edad Media». Y debido al desarrollo de calles residenciales a lo largo de las arterias principales, tan a menudo denostado con torpeza por quienes contemplan el campo sin apearse nunca del automóvil, el norte de Christminster es largo y angosto. Tanto en

dirección este como oeste enseguida encontramos el auténtico campo, el más armonioso de Inglaterra: un entorno que no es ni frondoso ni inhóspito, tampoco desierto ni recortado en pequeñas parcelas, ni llano ni abrupto. Aquí el hombre y la naturaleza han convivido durante siglos en civilizada igualdad, sin que ninguno domine sobre el otro. No hay un lugar mejor donde vivir.

El estudiante medio de nuestra gran universidad apenas sospecha la proximidad de ese campo virgen: suele ser una criatura más bien urbana, y si un día decide dar un paseo largo lo más probable es que vaya hacia las montañas del sur. Durante sus primeros dos años a veces los domingos por la tarde se dirige hacia el norte, enfundado en un pulcro traje azul marino, para tomar el té con personas a las que su madre conoció en Suiza o su tía en el Nilo. Si se trata de un joven muy dócil, es posible que logren convencerlo para que asista a algún baile; de vez en cuando en las mañanas heladas del primer trimestre, puede ver cómo una colonia de palmeras alquiladas son transportadas en sus tientos de vuelta a Christminster por la carretera de Woodbury. Cuando llega el tercer curso, y a menos que no tenga una activa vida social, el estudiante suele haber olvidado a esos conocidos del norte de Christminster.

Cabe resaltar que aquellos que han vivido en este barrio del norte desde su infancia se proclaman habitantes de Christminster. La flotante población estudiantil lo denomina «Christminster norte», e igualmente quienes por una u otra razón hemos venido a vivir o morir aquí.

Un gran número de edificios de este barrio están directamente consagrados a fines educativos: además de las facultades de teología de diversos tintes teológicos, aunque en general modernistas, existe también una facultad para mujeres y un albergue para estudiantes, sin contar con los internados para chicos y chicas en los que retumba el eco de sus pianos. Y en las calles puramente residenciales los habitantes pertenecen en menor o mayor medida al mundo académico. Viven aquí los profesores universitarios casados. Aquí se hallan los hogares de gentes sin formación académica que de un modo u otro, ya sea por obligación o interés, están vinculadas a la universidad; e incluso los médicos, dentistas, abogados, clérigos y comerciantes más respetables parecen incluirse en esta categoría. No sin cierto esnobismo, todo el mundo alardea de tener mayor relación con la toga que con la ciudad. Pocos aquí admitirían que pueden permitirse tomar unas vacaciones «en pleno trimestre».

Los lazos que unen a algunos residentes con la universidad son sobre todo sentimentales. Tras pasar la mayor parte de su vida en Oriente, es habitual que soldados y funcionarios sientan nostalgia por aquella tierra que albergó sus primeras esperanzas: ancianos cuya juventud quedó truncada por la privación de una beca regresan después de cuarenta años de exilio en alguna ciudad provinciana para ver cumplido su sueño de morir en Christminster. Suelen volver con sus esposas o hermanas. E incluso se sabe de casos de mujeres que han sobrevivido a sus padres o maridos y se han instalado aquí solo «porque papá nunca olvidó los maravillosos tiempos de la universidad».

Entre todos estos jubilados hay, inevitablemente, un buen número de excéntricos, y lo mismo puede decirse de aquellos que han venido a vivir aquí movidos tan solo por la biblioteca de la universidad: sus fondos son equiparables a los del Museo Británico, y la vivienda resulta más barata aquí que en Bloomsbury. Cestos llenos de apuntes, cerebros repletos de conocimientos

especializados suben y bajan en bicicleta por las carreteras de Banstock y Woodbury dos veces al día. En este hogar de las causas perdidas se sienten como en casa.

Otros se instalan con la mera intención de sacar partido de la universidad, tomando a estudiantes como huéspedes, acogiendo a estudiantes extranjeros o con el propósito de casar a sus hijas. Esta última es otra de esas causas perdidas, pero cuando las madres se dan cuenta de que los estudiantes son demasiado jóvenes, ya han empezado a poner sus ojos en los profesores, o bien las hijas han comenzado a estudiar, de modo que, en cualquier caso, quedarse parece la mejor opción.

Nuestra ciudad tiene tantas pretensiones intelectuales como cualquier otra de Inglaterra. A una u otra hora del día la mayor parte de nosotros nos sentimos obligados a mostrarnos inteligentes, aunque solo sea para no quedar mal ante los vecinos. Pero no todos podemos vivir las veinticuatro horas con la exigencia de mantener el nivel de aquellos que dedican la mayor parte de sus pensamientos a temas como la métrica de Píndaro o el comercio de telas en East Anglia en el siglo XV. Algunos de nosotros, como el señor Weg, disfrutamos estando pendientes de lo que dicen y hacen otras personas, aunque, eso sí, siempre después de habernos repuesto con una buena taza de té.

El distinguido botánico responsable del famoso jardín de rocas de Saint Mark's College, un religioso, como era habitual entre los hombres más cultos a mediados del siglo pasado, pronunció en cierta ocasión un sermón de Cuaresma en la iglesia de una de nuestras parroquias del norte en el que advertía a la población de Christminster contra el pecado predominante: la murmuración. Con la habilidad de un naturalista, estableció hasta seis especies diferentes de chismosos, obtenidos del *Secunda Secundae* de santo Tomás de Aquino, de sus propias observaciones y de informaciones de sus amigos.*

«Las enumeraré —anunció el doctor Tramplesure— en función del orden de sus atributos nocivos, clasificándolas todas, como el científico, bajo un nombre apropiado.»

1. *Proditor temerarius*, o el charlatán irreflexivo: una especie perenne y resistente que florece en cualquier suelo.

2. *Blatero hians*, o el parlanchín crédulo (literalmente, la «cucaracha embobada»). «Suele darse con frecuencia en las ciudades de Francia, donde se le conoce popularmente como el *gobemouche*. Nuestro clima, menos atractivo, no parece ser tan favorable a su desarrollo.» Tramplesure debió de deducir la existencia de esta especie de sus lecturas, de sus viajes al extranjero durante largas vacaciones o en sus años sabáticos, o de su correspondencia con *savants* franceses. No obstante, en su investigación pudo haber descubierto algunos bellos especímenes más cerca de casa: en la carretera de Banstock, sin ir más lejos. Tal vez hayamos de dirigirnos más al norte para encontrar esta especie, que suele marchitarse en el ambiente más seco de la universidad.

3. *Detractor invidiosus, sive Detractor mordax*, o el detractor envidioso. Es la única variedad mencionada por santo Tomás, quien también debió de conocerla en círculos académicos, haciendo especial hincapié en su secretismo. Tramplesure mejora la definición tomista al añadir una característica más fundamental: su odio por la excelencia. El *Detractor* es a la toga lo que el

Blatero es a la ciudad: se le encuentra a menudo en las salas de profesores de las cátedras y en la biblioteca de la universidad.

4. *Ardelio Cloacarum*, o el entrometido escarbador. Se le identifica con el «hombre sin Dios» de los Proverbios, «que desenterró el mal». Esta especie se multiplica con mucha rapidez.

5. *Rumigerulus tumescens*, o el traficante de noticias engreído. Se le considera un híbrido entre el 2 y el 4, y por tanto se le sitúa aquí a pesar de ser menos nocivo que el 4. Uno duda en disentir con una autoridad de tanto peso como Tramplesure, aunque resulta difícil obviar en esta especie algunos rasgos del charlatán irreflexivo.

6. *Forficula susurrans*, o la tijereta susurrante. La detección de esta especie tal vez sea la mayor contribución a la ciencia de nuestro predicador. No es fácil de descubrir, ya que es exclusivamente parásita y siempre atribuye sus comentarios a terceras personas. El mejor ejemplo de las Sagradas Escrituras es: «Suele afirmarse... y Gashmu lo dijo» (Nehemías vi. 6). «Gashmu, sin embargo, siempre resulta ser un árabe de hábitos nómadas, nunca disponible para ser interrogado.»

Un sermón de Cuaresma debería propiciar la introspección. ¿Acaso este escritor pertenece a esta última especie? Dado que no debe ninguna lealtad a los mal llamados «grupos de Oxford», que también han extendido sus tentáculos hasta Christminster, y que aprovecha esta oportunidad para protestar contra el vil insulto al nombre de una gran universidad hermana, tal vez no esté obligado a confirmarlo.

Aquellos que solo han conocido Christminster durante su época de estudiantes suelen creer que las vidas de sus ciudadanos son muy monótonas. Están convencidos de que las casas del norte únicamente se abren y sus ocupantes solo se levantan para ofrecerles té los domingos. Pero los estudiantes son propensos en particular a lo que monsieur Jean Paulhan ha dado en llamar la «ilusión de totalidad», es decir, a construir imágenes completas de las personas con arreglo a los limitados retazos de sus experiencias. Uno de ellos tuvo la osadía de asegurarme en cierta ocasión que una dama de Christminster solo pensaba en la nobleza porque un día ella le había comentado un detalle insignificante de cultura general relativo al hecho de que el duque de Portland vivía en Welbeck. No pretendo dar a entender que conozca de manera exhaustiva el pensamiento de la dama en cuestión, pero su obra publicada sugiere que también debió de dedicar sus reflexiones a la poesía de Crabbe y Clare.

Para esta clase de jóvenes, el hecho de que los residentes pudieran requerir una advertencia contra los chismes sería una reflexión sorprendente. ¿De qué podrían hablar, charlar o murmurar, si no era de los mismos estudiantes? Y, al fin y al cabo, solo los ven haciendo gala de su mejor conducta y de sus pulcros trajes azul marino en las meriendas del domingo. Las «novelas de Christminster» siempre versan sobre amores, odios y rivalidades de los jóvenes... ¡y qué aburridas, y qué poco edificantes son! Hay en ellas más sexo que amor, ya que el sexo requiere solo de un cuerpo adolescente, mientras que el amor (por si le interesa a alguien además de a los académicos) necesita de una personalidad madura sobre la que actuar.

Yo mismo llevé la toga en Christminster, y mi relación con la ciudad acabó por ser mucho más estrecha desde entonces. Gracias a lo que solía contarme mi amigo Cyprian, y no a mis propias reflexiones, comprendí enseguida que el gran romance de nuestra ciudad había de encontrarse en el norte gótico.

Para ser exactos, Cyprian no era su nombre, sino como le gustaba que lo llamaran, y no era mi amigo, pues no nos caíamos demasiado bien; pero como vivíamos en la misma escalera, la costumbre y la pereza hicieron que durante una parte de nuestras carreras universitarias pasáramos mucho tiempo juntos. Cyprian afirmaba ser un estudioso de la naturaleza humana (a duras penas obtuvo su licenciatura en historia). Solía realizar el trabajo de campo en los barrios residenciales, donde, me decía, la vida era auténtica y no admitía bromas. A veces llevaba sus investigaciones algo más lejos: estaba prometido a la vez con las hijas de dos o tres clérigos del condado adyacente. Me mostraba algunas de sus cartas, las acuarelas pintadas por aquellas muchachas y los servicios de té que habían tejido para sus aposentos en la universidad.

—Sirve de práctica —contestó cuando en una ocasión me aventuré a criticar su modo de vida, pero nunca me dijo qué pretendía practicar—. Y ellas habrán vivido su mundo ideal —añadió con complacencia—. Andrew, te vas a estropear el pañuelo con esa tetera. Debo darte el paño que me hizo Penelope.

Las abandonaba sin dramatismo. Sus cartas eran cada vez más escasas y menos afectuosas, o aparecían en ellas demasiadas menciones a la hermosa sobrina (totalmente imaginaria) de su tutor. De Steeple Crampton o Denton Prior llegaron cartas honestas y manchadas de lágrimas liberándole de su compromiso. Las autoras decían que siempre seguirían su carrera con interés; promesa que debió de resultarles difícil de cumplir, ya que esta nunca alcanzó cotas destacables y fue más bien tortuosa.

Habría vacilado en dejarme arrastrar por Cyprian a una de sus excursiones más lejanas y comprometidas, pero de vez en cuando accedía a que me llevara a tomar el té a la carretera de Woodbury; no era probable que se metiera en ningún lío estando tan peligrosamente cerca. No obstante, sus incursiones en aquel territorio eran más aventureras que las mías. De manera intermitente daba clases particulares de materias de las que tenía un conocimiento de lo más superficial a jóvenes de mentes no muy despiertas o delicadas en fundaciones escolares de aquellos lares. Y en las noches de verano bajo la luz de la luna robaba unas ramas de lilas de algún jardín para decorar su habitación.

A él le debo el hecho de haber conocido a la señora Foyle.

—¿Quién es la señora Foyle? —pregunté.

—Bueno, para empezar, es la madre de Miranda Foyle —respondió.

Dado que sabía que Miranda Foyle era alguien, y dado que no conseguía recordar quién, y dado que últimamente había ofrecido excesivas muestras de ignorancia delante de Cyprian sobre quién era quién para sentirme inclinado a que me iluminara al respecto, su respuesta no me dijo nada.

—Un personaje de lo más trágico —prosiguió él—. Adora a su hija. Hizo su carrera, y ahora, por supuesto, lo único que hace es adorar desde la distancia y vivir de las glorias pasadas. Y no te alarmes cuando la veas, Andrew: no tiene dedos.

—¡Qué desagradable! —no pude evitar señalar—. ¿Quieres decir que los perdió o que nació sin ellos?

—Eso es algo que todos queremos saber —dijo Cyprian con avidez—. Su marido era un hombre malvado, capitán de barco de la marina mercante, sospecho; ella no es de muy buena cuna. Hay quien dice que él se los amputó, como el hombre de las tijeras de *Struwelpeter*.

—¡No! —exclamé.

—Lo imagino haciéndolo con un alfanje —dijo Cyprian con tono soñador—, sujetándole las manos contra la mesa de la cocina...

Y sin embargo apenas habría notado nada raro en las manos de la señora Foyle si no hubiera sido advertido de antemano. Las mantenía dobladas, de forma que nadie pudiera ver dónde terminaban los muñones. La naturaleza, o el capitán Foyle, le habían dejado un trozo de los dedos. No ofrecía la mano al saludar, pero eso es perfectamente normal en Christminster, una señal de pertenencia a la toga y no a la ciudad. Manejaba la tetera sin la menor torpeza y se bebió una taza de té. Más adelante me enteré de que nunca comía en público.

Cuando entramos en el estudio principal —la señora Foyle solo ocupaba la planta baja y el sótano de la casa— estaba alumbrado por un animado fuego; era una tarde de octubre, aún no había oscurecido y una luz débil penetraba por la ventana en saliente. Sobre la chimenea había varias fotografías muy teatrales de la misma joven, de lo que deduje que Miranda debía de ser actriz aunque no recordaba haber oído nada de ella. Tres mujeres jóvenes, que intentaban con relativo éxito no parecer estudiantes, estaban distribuidas en torno al fuego, con sillas vacías entre ellas. Nuestra anfitriona nos sentó en dos de esas sillas y la tercera fue ocupada por un joven profesor de una de las facultades, al hilo de cuya conversación empecé a enterarme de quién era quién, ya que se mostraba muy orgulloso de estar al corriente.

—¿No es maravilloso tener a Ursula en Santa Monica, Basil? —preguntó la señora Foyle.

—Debe de hacerle revivir los viejos tiempos, señora Foyle —contestó—. Es como volver a tener a Miranda. —Se volvió hacia la señorita Elliot, la chica con aspecto más sofisticado de las tres—. ¿Sabes que estuve en casa de Peter y Miranda durante las vacaciones? —dijo—. Lamenté que no coincidiéramos en Kellynch, Ursula. Miranda me contó cuánto te has independizado, y que estabas de viaje en Salzburgo, o en algún otro lugar.

Se habló de la «nueva obra de Peter». Retazos de vieja y nueva información empezaron a casar en mi mente. Los Elliot eran baronets, tenían una residencia en Somerset llamada Kellynch; el actual propietario, sir Peter, era un célebre actor y se había casado con Miranda Foyle. Ursula era la hermana menor de sir Peter.

De haberme molestado en escuchar a Basil Morris me habría enterado de más cosas sobre sus relaciones.

—Admiro mucho a tu primo, lord Dalrymple —le dijo a Ursula—. ¡Qué anciano tan encantador!

Lord Dalrymple, a quien conocía hasta yo, era un arrogante y misántropo poeta menor, célebre por una rudeza particularmente fría y brutal. Decidí que la conversación de Morris revelaba más cosas de sí mismo que de los demás, y la suya no era una personalidad sobre la que me apeteciera recabar más información.

La señora Foyle no hizo ningún gesto de encender la luz. La estancia se hundió en una oscuridad solo aliviada por el fuego, mientras Morris trataba de hablar con Ursula Elliot sobre sociedad y ella intentaba hablar con él de teatro. La señora Foyle los interrumpía cada vez que el tema le permitía decir algo a la mayor gloria de su hija. La chica sentada a mi lado empezó a hablar con gran seriedad sobre problemas sociales. ¿Pensaba yo, preguntó, que teníamos algún derecho de preocuparnos de alguna otra cosa en estos tiempos difíciles?

—Sí —respondí de manera lacónica, lo que supongo debió de parecerle muy descorazonador, ya que apartó la mirada de mí y la fijó en el fuego. Esto me dio la oportunidad de preguntarme si Cyprian estaría jugando con los afectos de la chica que se sentaba a su lado, y en efecto así era. No cabía duda de que Ursula había decidido rodearse de chicas bastante tontas para hacer resaltar su personalidad. Aunque se mostraba muy amable con la señora Foyle, no parecía probable que fuera a llevar amigos realmente notables a esa casa.

Me mostré muy poco caritativo más tarde, cuando hablé con Cyprian. Afirmé que nuestra anfitriona era demasiado intensa y bastante vulgar, que Morris era un esnob y que las estudiantes eran de lo más vacuo. Y que la oscuridad era extraña de verdad. Añadí que no creía que me apeteciera volver allí.

Advertí que Cyprian, además de seguir con sus estudios sobre la naturaleza humana, estaba interesado en Miranda Foyle, y en la relación con los Elliot. Le dije con rudeza que estaba bastante seguro de que frecuentar mucho la compañía de la señora Foyle no lo acercaría más a Kellynch.

—Nunca se sabe —dijo Cyprian con gravedad—. Uno no puede permitirse el lujo de dejar escapar ninguna posibilidad si quiere progresar.

Me reí con poca complicidad.

—Es muy desagradable por tu parte, y muy propio de ti —dijo Cyprian con rencor—. Como tienes la suerte de tener dinero, te olvidas de que otros no somos tan afortunados... —Etcétera.

No hace falta detallar el manido y tedioso argumento. Cyprian se creía en el derecho de hablarme como si la posesión de una pequeña fortuna me situara más allá de toda preocupación y de toda debilidad humana, y como si el carecer de una fortuna similar fuera suficiente justificación para cometer cualquier estupidez. Al parecer, con solo disponer de trescientas libras al año, o incluso doscientas cincuenta, habría podido permitirse abandonar la pose de enamorado del teatro o de esnob. Albergó serias dudas acerca de esto último, pero lo que sí supongo es que al menos habría purificado su corazón del peor de los vicios: la envidia. Es duro para los pobres entrar en el reino de los cielos.

—He olvidado cómo conociste a la señora Foyle —dije.

—Oh, mi cuñada se alojó en su casa cuando estudiaba.

No debería haberme molestado en decidir que no pensaba volver: pidieron a Cyprian que llevara a algún otro invitado. La señora Foyle construía con esmero sus pequeñas reuniones en

torno a Ursula, y yo no había encajado demasiado bien en aquel escenario: la chica a la que me habían asignado no me había encontrado simpático. En resumen, había logrado el éxito que los tímidos y misántropos consiguen a veces. La timidez y el aburrimiento de uno se toman por arrogancia; y eso pone punto final a las invitaciones, para satisfacción de todos. Cyprian regresó varias veces y trató de presentármelo como un valioso privilegio del que yo estaba excluido; Miranda siempre iba a estar la próxima vez. Más adelante me dijo, como si se tratara de un descubrimiento propio, que aquello «no llevaba a ninguna parte», y averigüé, gracias a unas preguntas bastante juiciosas, que también él había caído en desgracia y ya no lo invitaban.

Durante su último año le hice un comentario al respecto:

—Me pregunto si la señora Foyle sigue ofreciendo esas meriendas en la penumbra.

—Es extraordinario que no puedas pensar en otra cosa que en la señora Foyle —dijo Cyprian, también víctima de la «ilusión de totalidad». Acababa de interrumpirme justo cuando yo estaba llegando a la lamentable conclusión de que nunca entendería a Kant, así que tal vez su sugerencia de que tuviera tan triviales pensamientos me molestó aún más porque temía que pudiera contener algo de verdad.

—La gente era de lo más vulgar —dije—, pero el ambiente era tan inusual, aquella oscuridad, aquellas chicas cuidadosamente apartadas...

—Era solo estúpida malicia —dijo Cyprian—. Solía comportarse de un modo bastante chocante. Acabó borrada de la lista de caseras o acompañantes recomendadas para estudiantes. Mi cuñada tuvo que abandonarla en cuanto se enteró. Pero sentía lástima por la pobre vieja y por eso me pidió que la llamara.

—Su hija debe de haberlo pasado mal —señalé.

—Miranda la detesta —dijo Cyprian.

Me contó que, en cierta ocasión en que daba un paseo por el campo con otra chica, su cuñada se había encontrado a Miranda llorando en una parada de autobús. La muchacha confesó que su madre —quien siempre planeaba la vida social de su hija sin el menor remordimiento— la había enviado a una casa de campo cerca de un pueblo vecino donde solía reunirse los domingos la «mejor gente» de Christminster. La pobre chica apenas había recibido una vaga invitación a Crome, y se dirigía allí muerta de vergüenza, pero no se atrevía a volver a enfrentarse con su madre sin haber realizado un intento de entrar en este ansiado círculo. Su valor obtuvo recompensa, ya que fue allí donde conoció a sir Peter, quien la acompañó a casa en coche. Pero debido a esa y a otras muchas humillaciones nunca había perdonado a su madre.

Temía que Cyprian sacara de esta historia la moraleja de que merecía la pena insistir. Por suerte, llegó a una conclusión distinta:

—No creo que la señora Foyle sea recibida en Kellynch.

Le pregunté si había realizado alguna otra investigación interesante por nuestros barrios de las afueras, y me dijo que había recibido una invitación a una fiesta nocturna en la casa de un anciano caballero en la que se esperaba la presencia de Satanás. Otro honorable caballero de Christminster, al parecer obispo de alguna curiosa secta, había posado sus manos en la cabeza de Cyprian una

tarde, cuando estaban terminándose el té, y a la fuerza le había ordenado diácono. Siempre me faltó el valor para acompañarlo a esas variantes de la experiencia religiosa.